



EPISODIOS NACIONALES

Hotel Madrid, historia triste

Rocío Lanchares Bardají



15M



ROCÍO LANCHARES BARDAJÍ

Hotel Madrid, historia triste



Colección Episodios Nacionales

Lengua de Trapo

Primera edición, mayo de 2021

© del texto Rocío Lanchares Bardají

© Editorial Lengua de Trapo

Calle Corredera Baja de San Pablo 39

28004 Madrid

Colección Episodios Nacionales

Directores de colección: Jorge Lago y Manuel Guedán

Diseño de colección: Alejandro Cerezo

Diseño de cubierta y maquetación: Alicia Gómez (malisia.net)

www.lenguadetrapo.com

ldt@lenguadetrapo.com

ISBN: 978-84-8381-274-7

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Consejería de Cultura,
Turismo y Deportes de la Comunidad de Madrid.



Texto publicado bajo licencia Creative Commons. Reconocimiento —no comercial—. Sin obra derivada 2.5. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente por cualquier medio, siempre que sea de forma literal, citando autoría y fuente y sin fines comerciales

*Entonces salió del entumecimiento común y me preguntó
en un susurro (allí todo mundo susurraba):*

-¿Puede describir esto?

Y le contesté:

-Puedo.

ANNA AJMÁTOVA, Leningrado, 1957.

A la memoria de Fernando Mompradé

*Toda ficción en este libro es colectiva. Basado en hechos
reales.*

Primer misterio: la senda del walker

Nuestro asalto a la bastilla es una terapia colectiva y espontánea. Una extraordinaria forma de canalizar la rabia de los replicantes. La resistencia somos miles de personas que no nos conocemos de nada. Las bastardas de la clase media coléricas con su propia existencia culpable. Las desterradas de la ciudad que sin embargo habitan sus alcantarillas. La legión de las santas inocentes haciendo convulsionar una ciudad congelada en el tiempo que resucita rebelándose y nos acoge en su seno, ejecutando un ritual delirante, solo comparable a un estornudo en el interior de una placenta.

15 de octubre de 2011. Acaba de terminar la manifestación que ha hecho resonar, desde Tahrir hasta Wall Street, el movimiento pacífico de desobediencia civil que lleva a término un exorcismo de los usos y costumbres neoliberales. Se cuentan medio millar de personas en Madrid, donde nos sentimos, una vez más, el centro del universo. Como es habitual, el sector más agitador está tratando de reagrupar fuerzas y buscar un edificio: necesitamos un cuartel de cara al invierno, ese es el *sentir general*. Pequeños grupos deambulan por la zona y la inteligencia colectiva está haciendo su trabajo. En el centro de la calle Carretas, una de las cuestas que nace en la Puerta del Sol para morir en la plaza de Jacinto Benavente, un rótulo en letras doradas y una puerta derruida en la que

se apoyan varios durmientes anuncian la existencia de un hotel. Su vieja gloria aún resiste al abandono.

El tres estrellas se llama Hotel Madrid, aunque la letra *i* se ha caído del cartel, y se presenta como un destino inmejorable para estas vacaciones de Navidad. Vamos lanzando consignas para aglutinarnos y enfilamos calle arriba; me sitúo en el grupo menos avanzado, el que da la cobertura para que otros puedan forzar la puerta sin testigos. No puedo verlo pero no pasa mucho tiempo hasta que el griterío anuncia que por fin la puerta está cediendo. Entran unos pocos y el resto bloqueamos la entrada con nuestros cuerpos bien pegados. Estamos dentro. La jornada está discurriendo como nos gusta y unas cuantas vamos a permanecer en la calle algunas horas más, haciendo guardia en la puerta. Puede que este sea uno de los momentos de mayor legitimidad política que vayamos a tener nunca. Y lo aprovechamos con creces.

La noche en el epicentro de Madrid es invariablemente un destello en un lavabo. La tropa de enajenados momentánea o permanentemente desfila como de costumbre y yo paso revista. Me sorprende que el escuadrón walker parece haber multiplicado sus efectivos: esta noche somos mayoría. Reconozco a integrantes de algunas comisiones de la acampada y a una gran cantidad de adictos y personajes enloquecidos por la vida en la calle. *Walker* es la palabra que usamos cuando alguien hace lo contrario a la educación o al buen gusto, pero no es una identidad que atribuir a un grupo o tipo de persona. Es una manera de

estar en el mundo, que puede ser transitoria o irreversible, y que convierte a quien la ostenta en candidato directo a la marginación. Hemos llegado a la idea del walker a partir de algunas narrativas de ciencia ficción en las que estas figuras, los walkers, son todos aquellos que no forman parte de la civilización. Ya sean humanos que terminaron convertidos en monstruos a los ojos del resto, o monstruos en los que se ha desdibujado un posible origen humano. Seres que alguna vez llegaron al confín del universo, a la frontera de lo conocido, y en donde muchos se quedaron. Los que consiguieron volver lo hicieron desfigurados y embrutecidos. Se devoraban entre ellos. Olvidaron el lenguaje. Temidos por su crueldad y tratados como bestias a las que encerrar o abandonar, entre el hambre y la desolación, vagaron en las sombras, hasta que la ciudad les cubrió con sus brazos.

Mientras me entretengo cual flaneur las pancartas hacen su aparición en la fachada del edificio, provocando nuevos vítores por la okupación y por todas nosotras. Alguien, que evidentemente no soy yo, recibe a la policía cuando aparece. La muchedumbre grita para que se marchen. En los últimos meses sus actuaciones han sobrepasado todos los límites de la legalidad, ha habido agresiones, detenciones y multas en masa por ocupar el espacio público. Aún no comprenden que desde hace unos pocos meses la calle es nuestra. Como no pueden desalojar sin una orden policial se vuelven por donde han venido. Está hecho, tenemos confirmado nuestro hospedaje en el rebautizado Hotel del Pueblo hasta que una resolución

judicial diga lo contrario. Para entonces pueden haber pasado años. En la oscuridad de la azotea, walkers, burócratas, jubiladas y estudiantes indistinguibles entre sí observan la ciudad como si fueran a conquistarla entera. Llegan las noticias sobre la propiedad y casualmente se trata de un caso de especulación. Casualmente el edificio linda con el edificio de la Presidencia de la Comunidad de Madrid. Casualmente la empresa propietaria mantiene presuntos lazos corruptos con la misma presidenta, Esperanza Aguirre. De forma completamente casual, el propietario es un empresario relacionado con las tramas de corrupción en Marbella, un tal Monteverde, implicado en uno de los pufos judiciales más importantes de los últimos veinte años: la Operación Malaya, trama mafiosa que ha dado otros momentos de gloria al movimiento expropiativo en Madrid, gracias al abandono de inmuebles de lujo que fueron reconvertidos en okupas de prestigio, como el C.S.O.A Casablanca o el Palacio Social Okupado Malaya. De alguna extraña manera, puede que por la regla de los seis grados de separación, esta okupación está conectando a Tronquito, hombre menudo y enflaquecido, de bigote gigantesco y entrañable, con Jesús Gil. Y aunque a mí me parezca la parte más relevante de todo el proceso, la mejor noticia es que nuestra reserva en el hotel incluye acceso a otras instalaciones completamente exclusivas. Un vetusto teatro con toda su parafernalia de alcurnias pasadas en casi perfecto estado de conservación. El antiguo Teatro Albéniz, cuya entrada por la calle de la Paz permanece tapiada, y un segundo teatro en el sótano, devastado: una antigua sala de fiestas de la alta sociedad cañí y ahora

coliseo postapocalíptico. Tal mastodonte resulta a todas luces ingestible. Al día siguiente hay una apertura de puertas programada, y acudo para conocer de primera mano las instalaciones. Al llegar, el flamante personal nos recibe con indicaciones precisas mientras avanzamos como un grupo dirigido en una atracción turística.

El hall parece la entrada a una casa del terror. Oscuro, alicatado de espejos mugrientos hasta el techo, las puertas opacas. Una recepción demasiado pequeña para un hotel con capacidad para tantos huéspedes en la que no distingo nada parecido a un mostrador. A la izquierda, adivino la misteriosa abertura que, según cuentan, da acceso a los pasadizos traseros del teatro. Frente a la entrada principal, un ascensor en desuso es flanqueado por dos escaleras que lo rodean y de las que nace como un espeluznante ser vivo la piel del hotel, su textura: la moqueta roja como la sangre reseca, cuyos kilómetros de felpa y años de polvo prometen ser un peligroso cóctel de ácaros. La sola aproximación a su falta de higiene te obliga a negarla, a dejar de respirar mentalmente, a asumirla, si quieres adentrarte en el laberinto.

En el tour de presentación del edificio nos descubren la primera planta, destinada a sala de reuniones. Es un espacio diáfano de muchos metros de largo, donde alguna gente conversa en pequeños grupos y algunos duermen en el suelo tapizado. No veo la cocina por ningún lado. Seguimos subiendo para conocer las habitaciones; los pasillos ruinosos se extienden hasta donde nos alcanza la

vista. Además de la moqueta, los escombros y el polvo, el papel de las paredes está hecho jirones. Al entrar en una de las habitaciones una enorme pintada se vuelve premonitoria: «WELCOME TO MY KELO». Observo que en algunas paredes y techos proliferan butrones sin aparente sentido. Boquetes de casi un metro de diámetro. Agujeros realizados sin ningún tipo de consideración. Una sola palabra bastará para entendernos: cobre.

Igual de expansiva hacia dentro que hacia el mundo, la Acampada en la Puerta del Sol nació exactamente seis meses antes de la entrada al Hotel. 15 de mayo de 2011: kilómetro cero de la salida del coma multitudinaria. Desorientadas pero conscientes del milagro, el primer paso consistió en recuperar el habla y el oído, la escucha como primer motor de supervivencia. En aquel momento resultaba más transformador romper el silencio que romper la cristalera de una sucursal bancaria.

Poseídas, sin importar edad o condición, todas participamos del ritual de purga de los estragos afectivos del individualismo. Y eran los discursos iluminados, proferidos a voz en grito y sin estrado, los que más gente atraían a su alrededor. Como si la nueva doctrina solo pudiera ser dictada por la demencia, se sucedieron los corrillos que intentaban descifrar la palabra de quienes salían por fin de su mutismo como un ahogado a la superficie. La plaza todavía no contaba con infraestructuras, pero en ella se empezaban a traslucir formas, remolinos de gente deteniendo el tránsito. Como

extrañas líneas de Nazca alrededor de personajes concretos, de esos que antes espantaban a sus audiencias, y que se convirtieron en centros de gravedad hipnotizantes.

Todas las revelaciones necesitan sus médiums, ninguna transformación puede darse sin la palabra no dicha, la nueva o la vieja, el poder latente de lo que no se puede nombrar. Esta se aparece de formas extrañas y siempre encuentra detractores reacios a su enunciación. Pero a veces, las sociedades se pierden en sus falsos ídolos y los sentidos se vacían. Es entonces cuando el terreno es propicio para la aniquilación y las sectas hacen su agosto en la masa devastada. De todos los gurús, solo es confiable aquel que no va «normal» por la vida, que no viste ni huele «normal», y lo más importante, que no piensa «normal». Por suerte llegamos a un punto en el que no había nada más denostado que la normalidad.

Los walkers eran esos médiums, aunque no los únicos. Expertos en desviar los debates a un terreno, digamos, ajeno a la lógica, aportan matices aparentemente irrelevantes para la discusión pasándose por el arco del triunfo el método dialéctico. Solo ellos pueden pronunciar la blasfemia que expande el corsé de lo normativo. Muestran una realidad inalcanzable para los burócratas de la autogestión, que después de un duro día de misas sobre la inclusividad se ríen de ellos en sus raves y hablan de la revolu, porque creen que bailar también puede cambiar el mundo, sin prestar atención a que Emma Goldman nunca habló de bailar mezclando cocaína con éxtasis y kalimotxo.

El debate sobre si la droga es contrarrevolucionaria no se da realmente y tampoco parece a día de hoy una prioridad. Aunque los rostros de los heroinómanos formaron parte de nuestro paisaje infantil, jamás asociamos su decadencia al glamour de nuestros ídolos contraculturales. La conclusión es que hay drogas malas y drogas buenas y no que los pobres siempre se llevan la peor parte en las epidemias. La presencia walker en la acampada podría desmontar por completo esta tesis o bien apuntalarla para siempre. Para entonces aún era imposible saberlo. Sus intervenciones bomba podían reventar cualquier debate más o menos ordenado, pero también aterrizar una asamblea que se pierde en su propia verborrea, devolviendo el sentido ritual al conciliábulo, cuando este cae de nuevo en dinámicas propias de la política del idealismo burgués. Solo alguien tocado, alguien realmente en estado walker, podía llegar a través del sound system hasta la gente que duerme en sus casas, o que al menos tiene una casa, para recordar que seguíamos estando en la calle y que la inseguridad aumentaba considerablemente en las noches. Con una voz ronca salida directamente del averno de la marginación, vocalizando y enfatizando cada sílaba como si le hablara a un bebé de teta, para decir: *Señoresh, aquí-she-fuma-droga*. Y entonces sí que todos los que soñamos que estamos construyendo la ciudad ideal de chocolate, unicornios y chucherías, ejecutamos con solvencia el grito mudo.

Quienes llegamos al marxismo a través de los afectos solo podemos alistarnos por una cuestión sentimental antes que ideológica. Después llegará la crítica de las condiciones

materiales de existencia. Pero esta es nuestra propia perestroika de madurez. Aturdida por el gentío y la ideología que había mamado durante años a través de canciones de rock mesetario, que lo mismo hablaban de Pinochet, de la heroína, de Luis Roldán o Sendero Luminoso, paso a formar parte del batallón de walkers encantados de que todo esté por hacer. Transitando por su senda, que quizá se cruza con la de Bakunin, me convierto inevitablemente en uno de ellos. Sin intención ni voluntad, como un reflejo que pone de manifiesto un inconsciente miserable, una frustración tan profunda que solo puede absolverse a sí misma. Porque no existe un ellos y un nosotras. Todas somos susceptibles del viraje, y si en la acampada nos habíamos encontrado, en el Hotel llevaríamos hasta las últimas consecuencias el cruce.

Madrid podría ser una ciudad de viejos walkers. De segunda o tercera generación. Quizá sus linajes se remontan mucho tiempo atrás. Si uno se fija bien, la gente que es de por aquí lleva una marca en el rostro. No es una fisonomía concreta, ni siquiera unos rasgos. Es solo un gesto, torcido, que se aprecia cuando sonreímos: la marca del walker.

Sectas al sol

No está escrito cuánto tiempo hace falta golpear una cacerola para que caiga un gobierno, pero parece que por fin nos hemos encontrado. Aunque sea en mitad de la devastación, aunque sea después de la desolación de los últimos años. José Luis Rodríguez Zapatero había llegado al poder en 2004 en mitad de un vuelo macabro. Aquel año, José María Aznar López había aplazado las elecciones con tan buen tino que las plantó misteriosamente tres días después de los atentados en el Cercanías de Madrid. Atentados que en gran medida se dieron por su culpa. Si José Antonio Labordeta Subías, que también concurría a presidente en aquellas elecciones, no hubiera fallecido en 2010, habría visto nueve meses después sus canciones y su nombre retumbar en absolutamente todas las plazas del reino. Y quizá tampoco hubiera ganado, pero nosotras, que después de estos y otros avatares sabemos que en este sainete todo es farsa y figuración, nos alegramos, porque nos hemos encontrado, por fin, en el desierto derechista que es la estepa madrileña. Porque Madrid Capital es un pueblo de funcionarios, viejos oligarcas, y personal del poder político, judicial, militar y monárquico. Entre otros muchos. Que en Madrid la casta es caspa no es lo que estamos discutiendo. El día que España despertó y Franco seguía vivo se alumbraron las sectas que avecinarían su tiro de gracia.

La madrugada del 17 de mayo estoy camino de la Puerta del Sol dejando en otra ciudad estudios, trabajo, y cualquier cosa que no sea permanecer indefinidamente en la plaza hasta que arda todo. Antes la vida había sido tratar de concentrarme en lo que se supone que estudiaba y encadenar curros en bares, llevando a chavales montaña arriba y abajo, reponiendo cheetos en alguna piscina de bolas o repartiendo un periódico gratuito en la puerta del metro. Pero también hablar con mis amigas sobre libros de autores que llevaban al menos doscientos años muertos y componer canciones sobre el vacío existencial con la sospecha siempre presente de que en realidad no había un lugar al que llegar.

Llego a la plaza a las ocho de la mañana y mi ilusión choca brutalmente con los cartones y sacos de dormir que se esparcen a mi alrededor. Veo gente durmiendo, tiendas de campaña, colchones, pancartas. Veo que dentro de la valla protectora del caballo desde el que Carlos III sigue sin hacer nada desde 1750, se ha instalado un equipo de sonido para que se pongan en común las próximas convocatorias. Reunidas las más madrugadoras alrededor de la estatua, alguien anuncia Asamblea General a las doce de la mañana. Yo lo sé por que estoy ahí, no tengo Twitter, ni redes sociales, ni 3G. Tiempo más tarde entiendo que la convocatoria ya tiene sus propios canales de difusión online, la respuesta a la llamada no responde solo a la potencia del megáfono. Pero yo no lo sé, esta es la primera asamblea en la que participo en mi vida. En este caso la convocatoria abierta había hecho un llamamiento para